

LA MUERTE  
DE LOS  
CÉSARES





JOËL SCHMIDT

---

LA MUERTE  
DE LOS  
CÉSARES

Traducción de Paula Mahler

Schmidt, Joël

La muerte de los césares / Joël Schmidt. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2017.

336 p. ; 23 x 16 cm.

Traducción de: Paula Mahler.

ISBN 978-950-02-9987-9

1. Historia Antigua. I. Mahler, Paula, trad. II. Título.

CDD 909



*La muerte de los césares*

Título original: *La mort des césars*

Autor: Joël Schmidt

© Editions Perrin, 2016

Traductora: Paula Mahler

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

Derechos exclusivos de edición en castellano para América Latina

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2017

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

1ª edición: diciembre de 2017

ISBN 978-950-02-9987-9

Impreso en Grupo ILHSA S. A.,  
Comandante Spurr 631, Avellaneda,  
provincia de Buenos Aires,  
en diciembre de 2017.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

# Índice

Prefacio .....	9
Julio César .....	13
Augusto (27 a. C.-14 d. C.) .....	27
Tiberio (14-37) .....	43
Calígula (37-41) .....	53
Claudio (41-54) .....	61
Nerón (54-68) .....	67
Vespasiano (69-79) .....	75
Tito (79-81) .....	79
Domiciano (81-96) .....	83
Nerva (96-98) .....	87
Trajano (98-117) .....	91
Adriano (117-138) .....	95
Antonino Pío (138-161) .....	101
Lucio Vero (161-169) .....	105
Marco Aurelio (161-180) .....	107
Cómodo (180-192) .....	113
Septimio Severo (193-211) .....	119
Geta (211-212) .....	125
Caracalla (211-217) .....	129
Macrino (217-218) .....	133
Heliogábalo (218-222) .....	137
Severo Alejandro (222-235) .....	141
Maximino I el Tracio (235-238) .....	145
Gordiano I y Gordiano II (238) .....	149
Gordiano III (238-244) .....	151
Filipo I el Árabe (244-249) .....	153
Decio (249-251) .....	155
Valeriano (253-260) .....	157
Galiano (253-268) .....	161

Claudio II el Gótico (268-270).....	165
Aureliano (270-275).....	167
Tácito (275-276).....	171
Probo (276-282).....	173
Caro (282-283).....	177
Numeriano (283-284).....	179
Carino (283-285).....	181
Diocleciano (284-305).....	183
Maximiano Hercúleo (286-305).....	189
Constancio Cloro (305-306).....	193
Galerio (305-311).....	199
Majencio (306-312).....	205
Maximino II Daya (311-313).....	211
Licinio (311-313).....	217
Constantino I (306-337).....	219
Constantino II (337-340).....	227
Constante I (337-350).....	229
Constancio II (337-361).....	233
Juliano el Apóstata (361-363).....	239
Joviano (363-364).....	249
Valentiniano I (364-375).....	253
Valente (364-378).....	259
Graciano (375-383).....	267
Valentiniano II (375-392).....	271
Teodosio I (379-395).....	275
Máximo (384-388).....	281
Flavio Arcadio (395-408).....	285
Flavio Honorio (395-423).....	291
Constancio III (421).....	295
Valentiniano III (424-455).....	297
Petronio Máximo (455).....	301
Avito (455-456).....	305
Mayoriano (457-461).....	307
Severo III (465).....	311
Antemio (467-472).....	313
Olibrio (472).....	319
Glicerio (473-474).....	323
Julio Nepote (474-475).....	327
Rómulo Augústulo (475-476).....	329

# Prefacio

Roma fue gobernada entre 27 a. C. y 476 d. C. por casi setenta emperadores legítimos. A este número habríamos podido añadir a los usurpadores que, durante guerras de sucesión que rápidamente se transformaban en guerras civiles, se apoderaban del poder imperial, pero por períodos muy cortos, y no tuvieron tiempo de imponerse y dar impulsos nuevos u originales a su gestión del Imperio romano.

Pero se impuso no considerarlos, tanto más cuanto que siempre fueron asesinados y que no dejaron ninguna huella de su paso por el trono imperial, excepto destrucciones o devastación en la campiña y en las ciudades, y que fueron olvidados bastante rápidamente cuando sólidas dinastías imperiales se apoderaban del poder y, de este modo, podían trabajar a largo plazo, como la dinastía Julio-Claudia (27 a. C.-68 d. C.), la dinastía Flavia (68-96), la dinastía de los Antoninos (96-192), la de los Severos (193-235), los emperadores ilirios (268-285), la tetrarquía (285-324), la dinastía constantiniana (306-364), la dinastía valentiniana (364-455) y los últimos emperadores (455-476). Después de la muerte de Teodosio en 295, los historiadores contemporáneos suelen considerar que los emperadores que lo sucedieron pertenecían a la Antigüedad tardía o bien a la Edad Media.

Nos pareció evidente, de acuerdo con la decisión del historiador Suetonio, autor de la *Vida de los doce césares*, no omitir los últimos días

de Julio César quien, por cierto, nunca fue emperador, pero que dio su nombre al título imperial de quienes gobernarían Roma durante unos cinco siglos. De algún modo, por su nombre de César, fue el padre espiritual y político de todos los emperadores romanos y su referencia es indiscutible.

Dio el ejemplo dándose todos los poderes que Augusto, su hijo adoptivo, con el nombre de Octaviano y, luego, de Octavio, más tarde primer emperador de Roma, utilizaría a lo largo de su largo reinado: cónsul vitalicio, gran pontífice vitalicio, dictador por diez años, que nombró y deshizo generales investido del *imperium*, es decir, del comando en jefe de las tropas romanas.

Hemos respetado lo que los historiadores de la Antigüedad nos han relatado, pero hemos adoptado una forma histórica, a veces un poco más novelesca, para cada uno de los emperadores considerados. Los hemos hecho pensar, incluso soñar, a fin de que parezcan vivos y personales y para explicar qué los llevó a la muerte, con miras a evitar la monotonía de las cortas biografías sucesivas.

De modo que hemos buscado personalizar a cada emperador, darle un carácter humano, algo que un discurso histórico distante no nos habría permitido hacer. Fueron seres vivos a los que quisimos ver actuar, y tanto más vivos cuanto que la mayoría sabía cuándo se estaba acercando a la muerte, lo que los aproxima a nosotros e incluso establece una empatía debido a sus sufrimientos morales, físicos y metafísicos y, también, por la violencia a veces injusta con la que perdieron la vida.

Por tanto, me permití que algunos monologaran en el momento de la verdad de la muerte, o porque la sintieran tan próxima que deseaban establecer una especie de balance de su vida y de su gobierno. Por supuesto que esta obra no se propone escribir la biografía exhaustiva de estos emperadores, sino indicar los principales puntos álgidos de sus gobiernos. Sobre esta cuestión, me dediqué a



sus puntos débiles, frecuentemente a sus crímenes inexpiables que a veces justificaron su muerte y de los que lograron ser conscientes, gracias a cortos exámenes del balance de su reinado, al aceptar su suerte o, por el contrario, rebelándose una última vez en contra de ella.

También insistí en los augurios que rodeaban a los emperadores y que anunciaban su muerte próxima. Eran muy sensibles a ellos, como todos los romanos, y los historiadores de la Antigüedad no dejaron de explicarlos para cada emperador. Asimismo, me detuve en el ritual de sus exequias y de su inhumación frente a multitudes a menudo compactas. Se trataba de ceremonias capitales que ponían término definitivo a la vida en la tierra de un emperador, que en general era divinizado y con frecuencia se uniría a los dioses inmortales. Esa unión era simbolizada por un águila salida de la hoguera en la que el cuerpo del difunto imperial había sido incinerado.

Los lectores encontrarán a veces que los relatos de estas muertes son desiguales, sobre todo cuando carecemos de documentos, especialmente al final del siglo IV de nuestra era, después de la muerte de Teodosio en 395 y la llegada al trono de sus hijos, Arcadio, para el Imperio de Oriente, y Honorio, para el de Occidente. En mi carácter de historiador, no quise inventar, sino en la medida de lo plausible y posible, sin traicionar la verdad histórica. En algunos casos, he preferido (para no extrapolar en zonas que habrían podido parecer demasiado imaginarias) remitirme a los pocos relatos existentes.

Descubriremos un emperador cuyo nombre, Olibrio, no se corresponde, hasta donde sabemos, con la definición de los diccionarios, puesto que un *olibrius* en general tiene un comportamiento excéntrico, en el límite con la tontería. Y no fue su caso. Como muchos otros, solo estuvo en el poder algunos meses, desde el 11 de julio al 23 de octubre de 412, pero, a diferencia de otros, este oscuro emperador, uno de los últimos en reinar en el Imperio romano, reducido

en su época inexorablemente a Italia, atravesó los siglos, quizás por la rareza de su nombre, para llegar hasta nosotros.

Un caso emblemático es el último emperador romano, Rómulo Augústulo, depuesto por el bárbaro Odoacro, jefe de los hérulos, en 476. Su nombre doble no quedó en el olvido tampoco, porque lleva, por una parte, el del fundador de Roma en 753 a. C. y, por otra, el del fundador del Imperio, bajo un sobre nombre irónico, “Augustito”, para que no sea posible compararlo, en esas horas en las que el Imperio romano se desmoronaba definitivamente, con el gran Augusto. Como si la historia pusiera simbólicamente término a casi mil años de Roma antigua.

En el momento en que se acercaba la muerte, los emperadores romanos nos dieron lecciones de valentía o de cobardía y, en este sentido, su ejemplo, dado que fueron los dueños del mundo, puede servirnos de modelo a seguir o a evitar si, como decía Montaigne, siguiendo al filósofo latino Séneca en este tema, deseamos una hermosa muerte.

# Julio César

“No vayas –le dijo su esposa Calpurnia–, tuve malos sueños, pesadillas toda la noche en las que te contemplaba sin vida y cubierto de sangre en mis brazos”. La mujer de César también había visto cómo se caía el techo de su casa. Para no enloquecerla más, su marido no le dijo que él también había tenido un sueño siniestro: se había visto en el cielo, dándole la mano a Júpiter, prueba de que ya no estaba en la tierra de los mortales. Ya desde hacía algún tiempo a ambos los asaltaban otros presagios: los escudos del dios Marte, que según la costumbre de los ancestros, estaban depositados en su casa por ser el gran pontífice, jefe de la religión romana, se habían entrechocado con un gran ruido y los habían despertado. Las puertas de la habitación en donde dormía la pareja de pronto se abrieron por sí solas. Se vieron hombres de fuego marchar unos contra otros en el cielo. En un sacrificio que había ofrecido algunas semanas antes, César no había encontrado el corazón de la víctima.

El día anterior, había cenado en la casa de su amigo Lépido –ambos habían sido elegidos cónsules en 46 a. C.– y, durante la conversación, un comensal preguntó: “¿Cuál muerte es la mejor?” y César respondió: “La más inesperada”. Algunos meses antes se había enterado de que colonos habían descubierto, en la tumba de Capys, una tabla de bronce en la que se había inscripto en caracteres griegos: “Cuando se hayan descubierto las cenizas de Capys, un descendiente

de Julius [es decir, César] morirá a manos de sus personas cercanas e inmediatamente será vengado por las desgracias de Italia”.

César contempló a su mujer, sin duda emocionado por estos malos presagios, pero muy decidido a concurrir a la sesión del Senado a la que lo habían convocado. Sabía muy bien que estaba en peligro, que los días que habían precedido a esa mañana de los idus de marzo —el 15 de marzo— de 44 a. C. en la que acababa de despertarse y de levantarse había habido muchos signos de que su vida tal vez estuviera amenazada. Las aves que le servían para tomar los auspicios lo habían incitado a no salir de la casa el día anterior. Pero, como había dicho al atravesar el Rubicón algunos años antes, para apoderarse de Roma: “*Alea jacta est!*”, “La suerte está echada”. No podía retroceder, significaría arrojarse cobardemente ante sus enemigos.

Él los conocía. Hacía días, meses que no se ocultaban. A pesar de ello, sería indecente que él, que había obtenido todos los poderes, tuviese miedo. De todos modos, era un sentimiento que ignoraba y que le permitió acceder a un poder tal, que ni siquiera habían obtenido, hacía mucho tiempo atrás, los reyes de Roma. Sin embargo, cuando se ponía la toga, recordaba a los médicos que habían llegado la víspera, pues sufría de vértigo, y que habían encontrado en esto un pretexto para que se recostara. Pero no los escuchaba, ni tampoco a Calpurnia, su mujer. En cambio, estaba listo para dejarse seducir por Bruto, su hijo adoptivo con cuyos favores, no obstante, sabía que no contaba, y que había ido a verlo a la salida del sol de esos idus de marzo para persuadirlo de que no dejara de presentarse a la convocatoria del Senado: “¡Vamos, César! ¡Un hombre como tú no puede dejar que lo detengan los pensamientos de una mujer y los fútiles presentimientos de algunos hombres! ¿Osarías hacerle a este Senado, que te colmó de honores y al que tú mismo has convocado, la afrenta de quedarte en tu casa? No, por cierto, no lo harás, César, si me escuchas. Así que abandona estos pensamientos y ven a la Curia,

donde el Senado reunido desde esta mañana espera con impaciencia tu llegada”.

Mientras comía un poco de pan acompañado por leche de cabra y algunas aceitunas y contemplaba a Calpurnia que, ceñuda, mostraba que sus sombríos presentimientos no la habían abandonado, César recordó las semanas que acababan de pasar marcadas por incidentes a menudo graves y que decían que sus enemigos estaban vigilantes, dispuestos a atacarlo, incluso físicamente, si se presentaba la oportunidad. Pues no era rey, como lo deseaba, y mucho menos emperador. Dos veces a lo largo de estos últimos días le habían rechazado públicamente ese título. Estaba tan herido por ello, que seguía pensando en esas horas humillantes para él.

Lo habían colmado de honores y cargos, habían decidido que tendría el más alto rango en el Estado, que seguiría vistiendo la toga triunfal, que tendría la insigne dignidad de sentarse en una silla curul, que siempre estaría rodeado de lictores que lo cuidarían con sus hachas. Le dieron el título de Padre de la Patria, grabado en las monedas con su efigie, se decretó feriado el día de su nacimiento y tendría derecho a una estatua en cada ciudad y en todos los templos de Roma. Fue nombrado censor vitalicio. Le dijeron que gozaría de los privilegios atribuidos a los tribunos del pueblo, es decir, que nadie debería contradecirlo, mucho menos injurarlo, so pena de sanciones severas. Aceptó todos estos títulos, todos estos cargos, todos estos honores, pero era lo bastante inteligente como para comprender que, a través de ellos, tan excesivos, se buscaba de algún modo acallarlos e, incluso, avergonzarlos. No lograba recordar muchas otras distinciones de las que había sido objeto y que, sin duda, no eran inocentes si un día iban a acusarlo de aspirar a la tiranía, puesto que había sido nombrado dictador vitalicio.

César supo recibir estos homenajes incontables con amabilidad, alegría y cortesía para ocultar mejor sus temores. Desde hacía

tiempo sabía manejar la hipocresía y sonreír con constancia, como si fuera el más feliz de los hombres y como si se sintiera halagado por tanta consideración.

Entonces se dijo: ¿por qué tantos honores que solo están reservados a los dioses? ¿Por qué no reclamar con toda lógica ese título supremo? Tuvo una oportunidad para pretender recibir la diadema de los soberanos en la reciente fiesta de las lupercales. Casio Longino, senador, miembro de la conjura cuando era el procónsul de César en 48 a. C., con una corona de laurel bajo la que se entreveía una diadema en la mano, subió al estrado donde estaba César y dejó la corona a sus pies, pero, alentado luego por los clamores de algunos, la colocó en su cabeza. César, inquieto por este gesto que podía tomarse de mal modo, pidió a Lépido que se la sacara y, como este dudó, luego pidió a Casio Longino –de quien luego se enteraría que deseaba su muerte y, efectivamente, fue uno de los instigadores del complot final– que le sacara la corona de la cabeza y se la pusiera en las rodillas. Cuando César rechazó la diadema, bajo los aplausos del pueblo romano, Marco Antonio, su cómplice y amigo, y el cónsul del año, corrió apresuradamente, desnudo y ungido en aceite. Tomó la corona y volvió a ponerla en la cabeza de César diciéndole: “El pueblo te la da en mis manos”. Enseguida se elevaron rumores de protesta en la multitud, a tal punto se despreciaba el recuerdo de los reyes de Roma que, sin embargo, habían reinado hacía ya varios siglos, antes de la fundación de la República.

Como comprendió este rechazo, César no insistió y declinó la mano de Marco Antonio que sostenía la corona y, al oír los gritos hostiles, tuvo la habilidad de exclamar que solo Júpiter era el rey de los romanos. Pidió que se colocara la corona en el Capitolio. Pero enseguida se notó que el gesto de Marco Antonio no lo había enojado. Por el contrario, ya que había insertado en los actos públicos el día en que había rechazado la realeza, cuando el pueblo se la había

ofrecido en manos del cónsul. Esto era mentira o, como mínimo, una inexactitud deseada.

No ignoraba que sus enemigos, fanáticamente fieles a la República, difundieron el rumor de que había llegado a un acuerdo con Marco Antonio para, de algún modo, poner a prueba al pueblo y saber si sería hostil a la realeza. A pesar del “no” proferido casi unánimemente por la multitud ante el posible cambio de régimen político, sus enemigos pretendían que él, César, terminara por no considerarlo y esperara otras oportunidades para hacerse coronar.

Al ponerse de pie y salir por el umbral del atrio a través de una calle llena de gente que conducía directamente al Capitolio, César siguió viendo las proclamas colocadas por adversarios que pregonaban los méritos de su hijo adoptivo, Bruto, cuyos sentimientos republicanos conocía bien, y en los que incluso se afirmaba que era descendiente del Bruto que había derrocado al último rey de Roma, perteneciente a la familia de los Tarquinos, cuatro siglos antes. Una verdad contrafáctica, que a César ni siquiera asombraba porque provenía de romanos desleales. Tuvo que volver al atrio y, al cerrar la puerta con su enorme llave, oyó a un grupo de jóvenes que andaba por la calle, se detuvo ante su residencia y, como un signo de provocación, repetía sin cesar el nombre de Bruto e, incluso, añadía: “Necesitamos a Bruto”. Más lejos, el grupo se detuvo ante la estatua del viejo Bruto y escribió en el zócalo, a golpes de punzón: “¡Ojalá los dioses quisieran que estuvieras vivo!”, lo que sobrentendía: “Libéramonos del que aspira a la realeza”. Calpurnia permaneció al lado de su marido y nuevamente le suplicó, después de este nuevo incidente, que se quedara en la casa y, sobre todo, que no concurriera a la convocatoria de los senadores, a la que consideraba una trampa.

Un esclavo que llegó corriendo golpeó a la puerta de la residencia de César, que reconoció a uno de sus servidores por la voz. Entró sin aliento. Llegaba del tribunal donde jóvenes encolerizados habían

tirado una tableta de cera en la que habían inscripto esta frase, que contaba como una invitación indirecta: “Duermes, Bruto”. César comprendió que lo intimaban a despertarse para ir a unirse a ellos, que estaban muy cerca de convertirse en conjurados. Felizmente contaba con espías, en general esclavos a sueldo, que recorrían Roma y esa mañana de los idus de marzo iban a avisarle qué se tramaba. Así fue como pudieron acercarse a la casa de Bruto, mezclarse con sus partidarios y entrar en su residencia. Bruto parecía no saber nada y callaba ante las incitaciones a que fuera el brazo armado de la conjuración. Los espías de César incluso vieron cómo Porcia, la esposa de Bruto, se hacía un corte en el muslo para saber si resistiría la tortura en caso de que su marido fuese arrestado. Esto quería decir que no dudaba del compromiso de Bruto en contra de César ni de que este había reunido rápidamente a otros conjurados, como Casio, su cuñado, Trebonio y Albino. Hay que destacar que estos últimos habían sido fieles oficiales de César en la Guerra de las Galias y que le habían prestado una ayuda decisiva.

César seguía resuelto a concurrir al Senado. Ni siquiera intentó detener a los complotados que eran cada vez más, y cuyos nombres y lugares en los que se ocultaban para preparar el golpe eran conocidos.

Parecía que los sacerdotes lo socorrerían, ya que uno de ellos, un decenviro, fue a buscar a César y le dijo que un oráculo de la sibila afirmaba que los partos nunca podrían ser vencidos por alguien que no fuera un rey y que, a tal fin, por lo tanto, había que solicitar a los senadores que autorizaran su coronación. Pero Bruto también tenía espías en la multitud, que en ese momento estaban en el atrio de la casa de César y sabían de la inminencia de esta designación. De manera que decidió apurar la ejecución de la conspiración y tomar por sorpresa a los senadores, que no dudarían en reaccionar favorablemente ante el oráculo de la sibila.



Así que envió ante César a otro Bruto, Décimo Bruto, un pariente lejano, que siempre había simulado ser su amigo y que también era uno de los conjurados, uno de los más fanáticos. César lo recibió y le relató todos los malos prodigios y presagios que no dejaban de acosarlo desde hacía algunos días. Décimo Bruto se apresuró a responder a todos los pretextos alegados por César y lo exhortó a salir, puesto que en el Senado querían sin duda que estuviera sentado en sus filas. En ese momento, la estatua de César, emplazada en el vestíbulo, cayó por sí sola y se rompió en mil pedazos. Pero este no tuvo en cuenta esta nueva señal negativa enviada por los dioses y salió de su casa, a pesar de las súplicas de Calpurnia.

Enseguida quedó rodeado por una multitud de partidarios que, como él, caminaron por la Vía Sacra, que atravesaba el Foro de este a oeste, para ir directamente al Senado. Se le acercaron varias veces esclavos o desconocidos que le daban el mismo mensaje: “Lee este pedazo de pergamino, César, sin perder ni un momento. ¡No vayas, te esperan conspiradores!”. Pero, empujado por la multitud, no llegó a leerlos. Un hombre le tendió un pergamino en el que se consignaban todas las disposiciones del complot. Se lo dio a uno de los esclavos que lo acompañaban, después de haberlo leído. Pensaba que eran noticias falsas, inventos de espíritus exaltados que querían protegerlo contra peligros quiméricos. A veces se detenía para reflexionar: “¿Y si fuera verdad?”. Pero Cayo Julio César no cedía nunca a las murmuraciones ni a los rumores infundados.

“Y, además, ¿qué? —se dijo—. Obtuve todo, las conquistas armadas, la gloria militar. Vencí a Vercingétorix y ocupé la Galia, fui el amante de Cleopatra y me apoderé de Egipto. Todos mis enemigos fueron a los infiernos, incluso el más peligroso, Pompeyo, que me disputaba el poder. Ejercí todas las magistraturas, incluida la de cónsul vitalicio. ¿Soy el hombre más poderoso de la tierra y me niegan el título de rey? No lo acepto y poco importa si corro hacia la muerte,

como piensan algunos, como parecen afirmarlos los dioses, no tengo nada que lamentar, porque obtuve todos los poderes que pedía. Rey, quizá no sea, pero siento que los que luego tomarán el poder sí lo serán o, mejor aún, tomarán el título de emperador, que es el único que corresponde al poder universal de Roma”.

Mientras reflexionaba de este modo y caminaba por el empedrado de la Vía Sacra, cada vez más rodeado, cada vez más aclamado, lo que lo tranquilizó, fue abordado por un adivino que un día le había dicho: “Desconfía de los idus de marzo”. César, burlón, le dijo: “¿Por dónde andan tus predicciones? ¿No ves que llegó el día que temías y que sigo aún con vida?”. El adivino, al oír cómo se mofaba, se alejó no sin murmurar: “Este día ha llegado, por cierto, pero todavía no ha terminado”.

César alcanzó la puerta de bronce del Senado, que estaba abierta. Ante la entrada, los sacerdotes ofrecían un sacrificio que, para César, sería el último. Pero fue evidente que sus auspicios no fueron felices, pues por más que los adivinos inmolaran víctima tras víctima con esperanzas de encontrar algún presagio mejor, finalmente tuvieron que confesar que los dioses no se mostraban nada favorables y que en las entrañas de las víctimas se podía leer una desgracia oculta. César, entristecido, se dio vuelta hacia el sol poniente, lo que para los adivinos fue un presagio aún más funesto.

Esto lo inquietó a tal punto que, por consejo de sus amigos, postergó la sesión del Senado. En ese momento aparecieron unos bedeles que lo invitaron a entrar a la sala, puesto que todos los asambleístas estaban presentes. César consultó con la mirada a sus amigos, pero Bruto estaba atento y por segunda vez desde esa mañana le dijo: “Vamos, César, deja de lado esos pensamientos; toma como consejo y augurio solo tu propia virtud y, sin más retraso, ven a tratar los asuntos dignos de ti y de este gran Imperio en que se ha convertido Roma”. Entonces le tomó la mano y lo llevó a la Curia, que estaba

muy cerca. César lo siguió en silencio, un tanto ingenuo ante las astutas palabras de Bruto. Pero, de pronto, estaba cansado de luchar.

Entró a la asamblea. Los senadores se levantaron como muestra de homenaje. Marco Antonio tuvo que dejarlo, ocupado por preguntas que le planteaba Trebonio para impedirle avanzar y proteger a su superior y amigo. Enseguida César quedó rodeado por los senadores e incluso por desconocidos, porque siempre había dejado que la gente se le acercara sin problemas. Sintió que este pequeño grupo, sobre todo al pedirle que no temiera nada, intentaba aplacar sus sospechas. Un hombre parecía acercársele para agradecerle algún favor.

Pero César no conocía a ese hombre que, abandonando de pronto su sonrisa y su apariencia cautelosa, le sacó la toga de encima del hombro para impedirle que usara los brazos y dominara sus movimientos: era la señal convenida para sus cómplices. Estos se precipitaron sobre César, desde todas las filas del Senado por donde se habían dispersado, sacaron sus puñales y empezaron a hundirlos en el hombro izquierdo y, luego, en el lado derecho. Le asestaron una puñalada en la cara y Décimo Bruto lo hirió con el arma en el costado. César pensó una vez más en los sermones de Calpurnia y se entristeció por dejarla viuda. Pues no se preocupaba por él: después de tantas hazañas, los dioses lo admitirían entre ellos. Por eso no se defendió. Por más que hubiese intentado hacerlo, los asesinos eran muchos, lo rodeaban de cerca y prácticamente le impedían moverse como para que sacara el puñal de la toga y respondiera a los golpes.

De manera que aceptó su suerte, sintió cada uno de los treinta y cinco golpes que le dieron y la sangre que le salía de las heridas. Eran tantos los asesinos que querían golpearlo, que se lastimaron entre sí. César pareció entonces abandonarse al destino que le había sido favorable durante tanto tiempo y que, esta vez, lo abandonaba. Esto no significó que no sufriera horriblemente y se arrastrara en la Curia lanzando gritos de agonía. En ese momento vio a Bruto, su hijo

adoptivo, y comprendió que lo había traicionado. Entonces, dejó de intentar defenderse y cubrió su cabeza con la toga no sin dirigirse al traidor de un modo casi afectuoso: “¿Tú también, hijo mío?”. Sorprendido, pronunció esta frase en griego y su último pensamiento fue para la madre de Bruto, que había sido su amante, convencido de que el hijo no lo había perdonado. Sus últimas palabras, según se ha informado, son también dignas del estoicismo cuya filosofía había aprendido en su juventud en las escuelas de Rodas: “Es mejor morir que esperar sin cesar la muerte”. Un golpe al corazón fue el fatal. Eran las once de la mañana.

César se derrumbó al pie de la estatua de Pompeyo, su enemigo, que había tenido la bondad de construir en pleno Senado, para mostrar su clemencia y su falta de resentimiento. La noticia de su muerte se difundió en los alrededores del Senado, donde los asesinos corrían en todos los sentidos, con los puñales sangrientos en las manos. Los senadores, que habían sido testigos del asesinato y que temían por su vida, huían y fueron los primeros en difundir en Roma el horroroso acontecimiento. Se elevaban lamentos por todas partes. Los romanos, que temían una guerra civil, se precipitaron algunos a sus tiendas, otros a sus casas, para ocultarse en ellas. Ni siquiera escucharon a los asesinos de César que, dispersos en el Foro, se esforzaban por calmar los espíritus y clamar que nadie tenía que temer nada. Pero tenían las ropas manchadas de la sangre de César y nadie les creía.

El cuerpo de César yacía abandonado en la Curia. Tres esclavos que se encontraban cerca de allí colocaron en una litera el cuerpo del amo y lo llevaron a su casa atravesando el Foro. Las cortinas de la litera estaban levantadas, así que se veían los brazos ensangrentados de los restos que pendían fuera de la portezuela y podía vislumbrarse el rostro cubierto de heridas. Al acercarse a la casa vieron a Calpurnia, despeinada, seguida de sus mujeres y esclavas, que aullaba el nombre de su marido y se quejaba por no haber sabido convencerlo

de quedarse en el hogar. Lo único que quedaba por hacer era preparar los funerales.

Algunas horas más tarde, al ver que no había habido ninguna consecuencia dramática, ningún otro asesinato, los romanos empezaron a salir con prudencia de sus casas y escondrijos y a agruparse de a pocos para comentar la terrible noticia del día, de esos idus de marzo que nunca podrían olvidar. Los asesinos de César y los que tomaron parte en el complot iban de grupo en grupo para explicar el gesto criminal y justificarlo: simplemente habían puesto fin a la tiranía de un hombre que pretendía convertirse en rey y habían vuelto a darle al pueblo romano su libertad. Los romanos presentes en ese momento volvieron a subir al Capitolio para dar gracias a los dioses y a Júpiter y permanecieron allí todo el día y la noche siguientes.

Los amigos de César consideraron que había vuelto la calma y empezaron a reunirse. Marco Antonio, que había estado presente en la escena, huyó de inmediato, porque sabía que podía ser la segunda víctima. Se ocultó en un depósito, pero uno de sus esclavos, que no lo había dejado, fue a buscar noticias y al regresar le hizo saber que los asesinos se encontraban en el Capitolio. Enseguida salió de su escondite y llegó a convocar, gracias a emisarios que le eran fieles, a una parte del Senado en un templo y propuso deliberar sobre la tragedia que acababa de suceder y adoptar disposiciones contra los conjurados y para las honras fúnebres a César.

En cuanto a Cicerón, llamó a la concordia y a la fraternidad para no agregar a los males de una guerra civil la caída de la República. Mediante su conocido arte oratorio, pronunció un largo discurso en favor de la paz civil, tomando ejemplos de la historia griega o del pasado reciente de los romanos, cuando se mataban inútilmente entre ellos. Mostró que César compartía errores con los conjurados: “Si de un lado se puede imputar a Cesar las suficientes objeciones por las que, según parece, lo han matado, por el otro se

pueden lanzar contra estos asesinos suficientes acusaciones como para que, según las leyes, se los castigue”. En resumen, pedía concordia. Como conclusión, Cicerón obtuvo una especie de amnistía provisoria por parte del Senado.

Por su parte, en el Foro, los asesinos tranquilizaban a los soldados, entre los cuales César era muy popular, y les prometían que todos los beneficios que habían recibido, todas las prebendas se mantendrían. Únicamente Lépido y sus tropas, un adlátere de César de larga data, fue difícil de convencer. Marco Antonio, que se le acercó, lo persuadió de no iniciar una nueva guerra civil que sería dañina para todos.

La lectura del testamento de César en favor de Octavio, el futuro emperador Augusto, que Calpurnia, en llanto, entregó a Marco Antonio al mismo tiempo que el cuerpo de su esposo, provocó movimientos diversos y hostiles. Furioso, Marco Antonio, que pensaba conmover a la multitud, expuso el cadáver sangriento de César y mostró las diferentes heridas que el desgraciado había recibido; asimismo, pronunció un discurso calificado como magnífico y brillante. Pues, si bien César estaba muerto, su cadáver de alguna manera se movía aún y era objeto de discusiones, porque unos querían echarlo a los sumideros y otros pretendían homenajearlo solemnemente mediante funerales grandiosos. Se resolvió esto último.

Se levantó una pira en el Campo de Marte y se construyó ante la tribuna de las arengas una capilla dorada, siguiendo el modelo del templo de Venus Genetrix. Allí se ubicó un lecho de mármol cubierto de púrpura y oro, y en la cabecera un trofeo, con la toga que César llevaba cuando fue asesinado. Marco Antonio se encargó del discurso fúnebre. Recordó las grandes etapas de la vida de César desde su nacimiento hasta su muerte y pronunció un verdadero ditirambo, en el que insistió en la clemencia, la bondad y la humanidad de César. Y, en el exordio, exclamó:

Y bien, este padre, este gran pontífice, este ciudadano inviolable, este héroe, este dios, ¡ha muerto! ¡Ha muerto! ¡Oh, dolor! No llevado por una enfermedad, no marchito por la vejez, no golpeado en una guerra en el exterior, ni tampoco arrebatado fortuitamente por algún golpe de suerte, sino aquí, dentro del recinto de nuestros muros, engañado por la perfidia, [...] víctima de emboscadas en la ciudad, [...] degollado en la Curia, [...] sin armas, él, el ilustre guerrero, sin defensor, él, el pacificador. [...] ¡Oh, dolor! ¡Oh, canas bañadas de sangre! ¡Oh, toga en jirones que parece haber vestido solo para que te degollaran en sus pliegues!

Al mismo tiempo, como intentaba incitar la compasión de la asistencia, blandía la toga de César ensangrentada. La desplegó ante la multitud. Le mostró dónde estaban los agujeros de las puñaladas y, por consiguiente, la cantidad de heridas que había recibido.

El pueblo romano, impresionado por este discurso, enseguida quiso jugarles una mala pasada a los asesinos y corrió por toda la ciudad de Roma para encontrarlos. Maltrataban a los senadores por no haber protegido a su ídolo. Se apoderaron del cadáver de César y lo pusieron en una pira en el medio del Foro. Trastornados de dolor y de ira, apilaron bancos, barreras y estantes del mercado para alimentar el fuego. Dos hombres que llevaban un sable en la cintura y en las manos dos jabalinas encendieron el fuego con antorchas ardientes. Flautistas y actores vestidos para la ceremonia con los atavíos consagrados a las pompas triunfales, se los quitaron, los rompieron en pedazos y los tiraron a las llamas. Los veteranos legionarios tiraron en ellas las armas con las que habían desfilado en los funerales, y la mayoría de las mujeres, las joyas que llevaban.

Estos incendiarios voluntarios también se apoderaron de brazas encendidas con la intención de quemar las casas de los asesinos y

despedazarlos. Pero no lograron encontrarlos, porque se habían escondido muy bien. Entonces empezaron a incendiar monumentos, pero los cónsules rápidamente detuvieron sus gestos criminales. El cuerpo de César se había incinerado y se levantó un altar en donde había estado la pira, después de haber colocado los restos de sus huesos en el monumento de sus padres. Sin embargo, senadores hostiles a César tiraron abajo el altar, persiguieron a sus partidarios y recompensaron a los asesinos. A la muerte de César, que tenía cincuenta y seis años, a pesar de las súplicas de Cicerón, le siguieron largas guerras civiles. El gran orador sería una de sus primeras y numerosas víctimas al año siguiente.

Los dioses no aceptaron ese asesinato: después de la muerte de César, un cometa resplandeció brillantemente durante siete noches y desapareció de pronto. El sol se oscureció y, en ese año 44, se levantó, muy pálido en el horizonte enviando apenas, en lugar de sus rayos brillantes, una vaga luz y un calor tibio. Durante mucho tiempo permaneció un aire pesado y tenebroso que hizo abortar los frutos que se marchitaban antes de estar maduros. Y Bruto, el hijo adoptivo que había traicionado a su padre, vio un tiempo después un espectro que se le apareció dos veces, horrible y con una cara horrorosa, que le decía que estaba enojado. Julio César, más allá de la muerte, seguía manifestándose para hacer temblar al más terrible de sus enemigos.